

>

E

S

T

U

D

I

O

S



Cabezo Alcalá. Azaila

LA RUTA IBEROS EN EL BAJO ARAGÓN: UNA RED QUE NOS ACERCA A LA HISTORIA Y TERRITORIO DE LOS PUEBLOS IBÉRICOS*

MONTSERRAT MARTÍNEZ GONZÁLEZ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS, UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El poblamiento ibérico y el Bajo Aragón

Las personas que fuimos a la escuela hace muchos años recordamos que en las lecciones de Historia de España nos hablaban sobre la llegada de los iberos a la Península, procedentes de tierras africanas. Esta interpretación de los cambios culturales a través de invasiones quedó arrinconada cuando la arqueología y los estudios históricos avanzaron. Se ha demostrado científicamente que los iberos, ribereños del Mediterráneo, protagonistas de una de las culturas más interesantes del mundo antiguo y de la que dan cuenta Estrabón y otros autores clásicos, fueron un conjunto variado y heterogéneo de

pueblos que se extendían desde Marsella hasta el sur de la Península Ibérica, con amplias penetraciones hacia el interior. Desde su momento histórico concreto, evolucionaron y cambiaron sus modos de vida, tanto por su dinámica interna como por el contacto con otros pueblos más avanzados.

Desde el siglo VI a. C. hasta la romanización, estos pueblos, con sus rasgos regionales y locales, aparecen conocidos con el término ibérico. Son las tribus de las que hablan los escritos clásicos, fluctuantes o cambiantes con el transcurrir de los siglos en que fueron protagonistas. En lo que concierne al actual Bajo Aragón, en tiempos de la conquista romana, por ejemplo,

* Las imágenes han sido cedidas por la Ruta Iberos en el Bajo Aragón.

hablamos del territorio de los *sedetanos* (según G. Fatás y M. Beltrán) y de los *ositanos* (según Moret y Burillo), vecinos de los *ilercavones*. Todos ellos, junto a otras tribus próximas, como los *ilerketes*, *suessetanos* y *edetanos* –estos por el SE de la provincia turolense– forman parte del conjunto de pueblos iberos de las tierras del actual Aragón.

Las formas de vida de las comunidades autóctonas evolucionaron, incorporando a su cultura material y a la estructura social las aportaciones derivadas de los contactos comerciales y también de la imposición, por conquista, de otros pueblos mediterráneos. La arqueología y las fuentes escritas latinas nos permiten comprobarlo en la toponimia, en su cerámica –con la incorporación del torno de alfarero– y en otros objetos de uso cotidiano, en sus creencias, en sus enterramientos y en el urbanismo de sus poblados y fortificaciones. En cuanto a su lengua, conocemos y transcribimos su alfabeto con las diferentes variantes peninsulares; podemos localizar topónimos y nombres que aparecen en vasijas, lápidas y monedas, pero desconocemos los relatos escritos de sus historias, mitos y creencias.

Para conocer la cultura de los iberos que vivieron en el Bajo Aragón podemos seguir diferentes caminos. Uno de ellos es la visita combinada a los yacimientos arqueológicos correspondientes y a los diferentes museos y centros de interpretación, donde encontraremos abundantes materiales, bien originales o cuidadas réplicas, y la información necesaria sobre los mismos.

En el año 2004 se promovió la conocida Ruta Iberos en el Bajo Aragón, que se consolidó en el 2007, con la creación del Consorcio Patrimonio Ibérico de Aragón. El Departamento de Educación, Cultura y Deporte (Dirección General de Patrimonio Cultural), del Gobierno de Aragón, jun-

to con los Grupos Leader de Acción Local OMEZYMA, CEDEMAR Y ADIBAMA, el Taller de Arqueología de Alcañiz y la participación de las cinco comarcas y doce ayuntamientos del territorio que conocemos como Bajo Aragón, así como la Diputación Provincial de Teruel, impulsan, mantienen y amplían esta iniciativa oportuna y de extraordinaria importancia cultural. Además, viene justificada y avalada científicamente por un comité seleccionador de los yacimientos arqueológicos que conforman la Ruta, quien diseña y configura los doce centros de visitantes donde se informa sobre la cultura ibérica, en general, y los poblados, en particular. Tamaña aventura cultural es importante, no solamente por la posibilidad de recuperar yacimientos y materiales históricos, de cuidarlos potenciando diferentes intervenciones científicas, sino también por la dimensión didáctica y divulgativa que conlleva, además de la turística.

Para ayudar al conocimiento profundo del territorio, con su paisaje, sus poblaciones y su pasado desde tiempos antiguos, recomendamos la guía de la Ruta, coordinada por los arqueólogos José Antonio Benavente y Luis Fatás y editada por el propio Consorcio Patrimonio Ibérico de Aragón en 2009. Titulada *Iberos en el Bajo Aragón*, nos proporciona una buena síntesis de lo que estos pueblos de la Antigüedad significaron en el contexto general del Mediterráneo y en el específico del actual territorio bajoaragonés. Asimismo, se analizan todos los elementos que comprenden su cultura, como la organización del territorio y la jerarquización del hábitat; la estructura de la sociedad y el culto al jefe; las actividades económicas, la alimentación, indumentaria y adornos personales; la guerra y defensa de sus comunidades; la moneda, la lengua, la religión, sus enterramientos y el arte rupestre de la época ibérica.



Reproducción del dibujo de un vaso en Azaila realizada por Juan Cabré.

La guía nos ofrece tres grandes rutas: la oriental, vertebrada por el río Matarraña/Matarranya; la central o del Bajo Aragón-Caspe/Baix Aragó-Casp, cuyos poblados se escalonan en torno al eje del río Guadalope; y la ruta occidental Bajo Martín y Andorra-Sierra de Arcos, cuyo elemento aglutinador de los asentamientos históricos son el río Martín y, en paralelo, el río Aguas Vivas.

Estas tres grandes rutas se pueden combinar de mil maneras, a la vez que abordarlas fragmentariamente, según los intereses de los visitantes. Con el presente artículo pretendemos suministrar al lector una información básica, subrayando aquellos aspectos históricos que estimulen su curiosidad y le inciten a lo que se dice como “coger el petate”, vencer la inercia del sedentarismo y lanzarse al conocimiento ameno y abierto, a la naturaleza y a la historia de unas tierras del actual Aragón que tuvieron un protagonismo interesante en la etapa prerromana y en la romanización.

No vamos a describir los pormenores de las rutas, para eso ya tenemos la guía citada, sino que sintetizaremos los aspectos más representativos de la misma.

Las noticias e historiografía sobre las comunidades ibéricas en el territorio del Bajo Aragón son amplias y cuidadas. Así lo testimonian las informaciones sobre las fuentes escritas, que nos remiten a los autores clásicos, los informes de las excavaciones realizadas, ya desde los albores del siglo XX, y las numerosas muestras permanentes de diferentes museos que guardan los objetos estudiados. También las exposiciones temporales merecen una justificada mención. A este efecto, señalaremos, como ejemplo de su importancia, la realizada sobre los pueblos ibéricos, en el otoño-invierno de 1997, en el Grand Palais de París. En ella, el magnífico *kalathos* decorado del Cabezo de La Guardia (Alcorisa) sorprendió a los visitantes por su riqueza iconográfica.



San Antonio, Calaceite

Yacimientos claves de la Ruta para conocer la organización del territorio y los modos de vida en la etapa de los pueblos ibéricos

Como yacimientos claves entendemos aquellos que, bien catalogados ya como preibéricos, en una etapa temprana de la iberización (650 al 575/550 a. C.) o de las fases posteriores –ibérico antiguo (575/550 al 500/475 a. C.); ibérico pleno (500/475-218 a. C.) e ibérico final o ibero-romano (218/44 a. C.)–, adquieren un papel importante en la organización y jerarquización del territorio. Así tenemos El Palao (Alcañiz) y el Cabezo de Alcalá (Azaila), cuyos orígenes se sitúan en la fase protoibérica (650-575/550 a. C.), y San Antonio (Calaceite), del ibérico pleno (500/475-218 a. C.). Son yacimientos centros de referencia de las pequeñas comunidades de su territorio, que sobrevivieron a una fuerte crisis económico-social, entre el final del siglo VI a. C. y la primera mitad del siglo V a. C., y en la que otros poblados sucumbieron. Así lo constata la arqueología, comprobando el final de muchos asentamientos y la continuidad de otros que tendrán un recorrido temporal variable, como más adelante veremos.

De los tres yacimientos señalados podemos resumir algunos puntos comunes de especial interés para su conocimiento. Son estos:

• Yacimientos que son enclaves geográficos estratégicos

Tanto El Palao (Alcañiz) como el Cabezo de Alcalá (Azaila) se encuentran en cerros amesetados, accesibles, con gran visibilidad sobre la campiña y valle del Guadalupe, el primero, y en el valle del río Aguas Vivas, el segundo. San Antonio (Calaceite), sin embargo, está situado en la loma de una pequeña sierra, con un urbanismo escalonado por la ladera y ampliado en una segunda fase de vida del ya-

cimiento, dominando también una amplia extensión territorial. Todos ellos son fácilmente identificables en la distancia.

Esta posición geográfica es de suma importancia para el control de las vías fluviales de penetración, así como del resto del territorio, y para la organización jerárquica de otros asentamientos de distinta entidad, dependientes de los mismos.

• Centros impulsores de la producción económica y de la organización político-social del territorio

En el marco de las denominadas tribus iberas, con la heterogeneidad y peculiaridades locales consabidas, se sitúan en el Bajo Aragón dos etnias, con límites fluctuantes e irregulares a través de los siglos. Los *sedetanos*, definidos o descubiertos por G. Fatás, establecidos en un principio entre la actual Zaragoza y los alrededores del río Martín, con extensión posterior hacia el este; y los *ositanos*, según conclusiones recientes de Pierre Moret y Francisco Burillo, como reinterpretación de los denominados *ausetanos del sur*. El Palao (Alcañiz) y San Antonio (Calaceite) entrarían en el territorio definido como *ositano* –del río Algás al río Martín–, mientras que el Cabezo de Alcalá (Azaila) se adscribiría al grupo o tribu de los *sedetanos*.

El Palao (Alcañiz) y el Cabezo de Alcalá (Azaila) remontan sus orígenes a la etapa previa a la iberización –en torno a la primera Edad del Hierro (siglos VIII-VII a. C.)–, como lo evidencia la gran necrópolis de este último; en El Palao, la población inicial la situamos desde el siglo VII a. C. mientras en San Antonio de Calaceite se retrasa a los siglos V-IV a. C., aunque el yacimiento de Els Castellans (Cretas), otro gran asentamiento con características defensivas y urbanísticas también muy interesantes y próximo a San Antonio, tiene orígenes más antiguos (s. VII a. C.).



Dibujo del asedio de Azaila. Francesc Riart

El papel organizador y rector del territorio otorgado a estos yacimientos se interrumpirá en el Cabezo de Alcalá (Azaila) entre los años 80 y 76 a. C., por la destrucción de este y de otros (El Cabo, Andorra, por ejemplo) que Sertorio, general romano levantado en la península ibérica contra Roma, llevó a cabo en toda la comarca.

Sin embargo, El Palao (Alcañiz), como también se comprueba en El Palomar (Oliete), perdurará hasta el siglo III después de Cristo, lo que nos habla de la importancia que los romanos les concedieron como puntos estratégicos. San Antonio (Calaceite) fue abandonado hacia el 200 a. C. El papel rector de estos núcleos de población fue tan importante que hay autores que los consideran auténticas ciudades-estado, a partir del siglo III a. C.

Uno de los aspectos problemáticos en el estudio de estas comunidades es la asignación de nombres, dentro de la onomástica de ciudades conocida por las fuentes

clásicas latinas. No es tan fácil esta tarea. Para ello hay que, además de conocer los materiales numismáticos de los yacimientos, poseer una amplia información sobre la existencia y extensión de las redes comerciales de los mismos, a través de los materiales cerámicos existentes. En El Palao (Alcañiz), que presenta como ya hemos dicho una dilatada existencia, toma cuerpo la hipótesis de que estamos ante la Userkete ibérica o la Osicerda romana. Pero también algunos arqueólogos la relacionan con Orosis, ciudad que, sin embargo, otros ubican en tierra de los lobetanos celtíberos, en el oeste de la provincia de Teruel. Al Cabezo de Alcalá (Azaila) se le ha adscrito la ceca –lugar acuñador de moneda– de Belikio, aunque otros autores la han relacionado con Belchite y con el Piquete de la Atalaya (Azulara).

Todas estas ciudades tuvieron a su alrededor una serie de poblados, de mayor o menor rango, que configuraron una red jerárquica de relaciones económico-sociales

y culturales que permitió desarrollar, con la evolución y variaciones que los siglos implican y con las relaciones externas que establecieron, uno de los mejores ejemplos sobre las formas de vida de las comunidades ibéricas del actual Aragón. Poblados como Els Castellans (Cretas) y Torre Gachero (Valderrobres), en el valle del Matarraña; La Guardia (Alcorisa), Tiro de Cañón (Alcañiz), en el Guadalope; El Cabo II (Andorra) —en el Regallo—, El Castellillo (Alloza) y El Palomar (Oliete) —en el Martín— se convierten también en lugares estratégicos que, a su vez, controlan un territorio menor sembrado de otros asentamientos más pequeños, como caseríos y alquerías de eminente carácter agrícola y ganadero.

• **Yacimientos con un urbanismo maduro, donde se combinan unos elementos autóctonos con otros importados**

Analizando el conjunto de yacimientos arqueológicos de la Ruta observamos la perduración de elementos urbanísticos heredados de la primera fase de la etapa del Hierro —calle central alargada, adaptada a la orografía del asentamiento; viviendas de planta rectangular, alargadas— con otros que son propios de la etapa ibérica. Así, tenemos la evolución y desarrollo de las conocidas como casas-torre fortificadas, viviendas de familias preeminentes, que aparecen en el siglo IV a. C., precediendo a los poblados con fortificaciones integradas. La de Tossal Montañés (Valdeltormo) y La Guardia (Alcorisa) son ejemplos de ello. Posteriores a estas, ya incorporadas a la red urbana, aparecen junto a las murallas, como torreones, bien rectangulares o semicirculares. De ello tenemos ejemplos en El Tarratrato (Alcañiz), del siglo IV a. C., El Cabo (Andorra) y los magníficos torreones del siglo III a. C. de San Antonio (Calaceite) y Els Castellans (Cretas). Cuando Roma conquista estos territorios aparecen elementos complementa-

rios, como fosos y bastiones, teniendo el mejor ejemplo en la muralla de El Palao (Alcañiz), mientras que en Torre Cremada (Valdeltormo) encontramos el último vestigio de las antiguas torres circulares.

Un apartado especial merece el conjunto fortificado de San Pedro (Oliete), exponente de la necesidad de control territorial. Situado en un espolón clave, con una gran visibilidad sobre el valle del río Martín, el conjunto de San Pedro se caracteriza por una complejidad interesante de torreones, muralla y habitaciones. Su datación es de inicios del siglo III a. C. hasta el primer cuarto del siglo I a. C. En el Museo Provincial de Teruel se expone una maqueta interesante para conocer la estructura del asentamiento y la actividad defensiva a la que también estaba destinado.

El estudio de las características y evolución urbanística puede realizarse mejor en los yacimientos que han sido completamente excavados. La Tallada (Caspé) y El Tarratrato (Alcañiz) son representantes, junto a otros, de un urbanismo de calle central, con viviendas de planta rectangular, alargada, adosadas, cuyos muros traseros hacían de muralla. Esta disposición adquiere una mayor complejidad, fruto de la adaptación al terreno y de diversas ampliaciones de las plantas (San Antonio, de Calaceite) o de la incorporación de elementos defensivos, como bastiones y fosos (Els Castellans, de Cretas).

El punto de mayor evolución de las plantas de los poblados lo podemos comprobar en el Cabezo de Alcalá (Azaila), donde, junto a la calle central alargada, que recorre toda la meseta, aparecen otras adyacentes, todas ellas pavimentadas y con las correspondientes aceras. Asimismo, junto a las viviendas de planta rectangular alargada, se sitúan otras de planta itálica, una plaza con torres defensivas cuadrangulares y una muralla extensa, de las popularmente



LEYENDA

-  Carretera Nacional
-  Carretera Local
-  Carretera Provincial
-  Carretera Autonómica
-  Ruta Verde de Val de Zafán
-  Ferrocarril
-  Parque Cultural del Río Martín
-  Centros de Visitantes
-  Yacimientos Iberos
-  Oficina de Turismo

MAPA RUTA IBEROS



denominadas “de cortina”. Otro ejemplo interesante lo ofrece El Palomar de Oliete, con viviendas planificadas en *insulae*, en plano ortogonal. Los tipos de viviendas de los poblados ofrecen numerosas variantes: de una a dos plantas (San Antonio, de Calaceite); con influencias itálicas claras (Cabezo de Alcalá, Azaila); de una o varias habitaciones, etc. Como técnicas constructivas, presentan elementos comunes: los zócalos de mampuestos irregulares y los grandes y duros adobes –adobas–, que aparecen amontonados en numerosos yacimientos. Un ejemplo de cabañas se puede ver en la recuperación del poblado de El Cabo II (Andorra), en el parque de la ermita de San Macario, realizada gracias al traslado de todos los elementos del yacimiento, que iba a ser destruido por una explotación minera.

Las estaciones arqueológicas más pequeñas, así como algunos caseríos, ofrecen una disposición urbanística que busca una buena orientación solar y visual, adaptándose a la geografía del lugar, y cerca de puntos de agua para garantizar su habitabilidad.

Centros impulsores de las actividades económicas de los territorios que administran

Podemos imaginar la actividad de estos centros de población y de los demás núcleos de influencia pensando en las formas de vida de una sociedad rural que no solamente subsiste con unas actividades agrícola-ganaderas, sino que ha elaborado a través de los tiempos una red de relaciones para comercializar sus productos y obtener materias primas. Esto conlleva la aparición de una compleja composición social, con una red interna y externa de relaciones.

La arqueología aporta abundante material e información para discernir qué produc-

ción agrícola base tenían, cómo construían sus viviendas y la naturaleza de los artículos que consumían en el cotidiano vivir. Por ejemplo, útiles para el trabajo –véase la representación del arado de La Guardia (Alcorisa)–, vasijas para conservar y transportar los alimentos, instalaciones para producir tejidos (hilados y pieles). La riqueza estaba en manos de las elites locales, que dan señales arqueológicas en la extensión de sus viviendas, en la aparición de elementos suntuarios –vasijas decoradas, joyas, etc.– y en la presencia de objetos importados, cerámica, estatuaria, adornos metálicos, etc., que hablan de su capacidad adquisitiva y de la presencia de relaciones comerciales.

La cerámica de estas comunidades se conoce por la calidad de las arcillas y por unas técnicas de alfarería que llegan a su máxima expresión en la fase ibero-romana. Así nos lo demuestra la arqueología con el hallazgo, en fase de estudio, del que se considera el centro alfarero más importante del mundo ibérico. Nos referimos al conjunto de hornos de Mas de Moreno y El Olmo (Foz Calanda), en la vega del río Guadalopillo, afluente del Guadalope. El número de hornos, las instalaciones anejas y los testares encontrados evidencian una intensa producción cerámica de alta calidad, tanto en pastas como en técnicas decorativas y de cocción, posiblemente vinculada al poblado del Cabezo de La Guardia (Alcorisa). Actualmente se encuentra en proceso de excavación y de estudio, a cargo de un equipo de científicos, en el que participa el Taller de Arqueología de Alcañiz y la Universidad de Burdeos.

Los iberos de las poblaciones bajoaragonesas cultivaban cereales (trigo, cebada, avena y mijo) con los que horneaban en sus propias casas. En sus menús, además de las leguminosas, se encontraban los derivados de la leche, carnes de caza



y pastoreo, pescado de los ríos y variedad de frutas (higos, moras). Añadamos a todo esto lo que, tras los primeros tiempos de importación, serían unos cultivos importantes. Nos referimos al vino y al aceite. En casi todos los yacimientos hay evidencias de muchos de los alimentos que se consumían, tanto en los restos encontrados en las vasijas, en la existencia de estructuras para la transformación de los productos, como en la presencia de vertederos donde se arrojaban los restos óseos. A título de ejemplo, en el Tossal Montañés (Valdeltormo) se halló una artesa para la harina. Asimismo, en El Castellillo (Alloza) aparecen decoraciones con escenas de caza, utilizando perros. No solamente el vino, sino también la cerveza estaba en la mesa de los iberos y en Valdeltormo y en El Cabo (Andorra) se constata el consumo de frutas confitadas, de gramíneas y de la vid.

Todo el desarrollo económico y de relaciones viene avalado también por hallazgos monetarios, no solo originarios de las cecas del territorio –*Belikio* (¿posible Cabezo de Alcalá en Azalila?), *Ildukoite* (El Palomar, Oliete), *Osicerda* (El Palao, Alcañiz)–, sino también de otros territorios peninsulares y del exterior. Las relaciones comerciales de las poblaciones iberas del Bajo Aragón se establecen con fenicios de las tierras del sur de la península ibérica, en los inicios del siglo VI a. C., aunque de carácter todavía restringido. También aparecen elementos griegos (Torre Cremada, Valdeltormo) y El Tarratrato (Alcañiz). Estas relaciones se intensifican a partir del siglo II a. C., cuando aparecen en buen número de yacimientos del Bajo Aragón las cerámicas *campanienses* romanas, en sus diferentes series. Posteriormente, serán las conocidas como *sigillatas*, ya en plena romanización.

La explotación de los recursos naturales va más allá, en estos poblados, de la agricultura y la ganadería. Los moldes de fundición hallados, la existencia de galerías subterráneas –val de Vallerías (Castellote-Mas de las Matas)–, los ajuares de la necrópolis de El Cabo I (Andorra), el *tymia-terion* de Les Ferreres (Calaceite) y otras piezas metálicas denotan una actividad metalúrgica que tuvo su continuación en las sucesivas fases de la etapa ibérica, con una metalurgia del hierro extendida, sobre todo a partir del Ibérico pleno, y aplicada tanto al utillaje agrícola como a las armas. En El Palao (Alcañiz) se localiza, en el siglo II-I a. C. un taller que, junto con las piezas halladas en el Cabezo de Alcalá (Azaila), manifiestan una influencia romana evidente.

Una sociedad jerarquizada y con un mundo de creencias sincréticas

Anteriormente hemos aludido a determinadas construcciones destacadas entre los edificios de los poblados (torres-vivienda, por ejemplo). También hemos señalado una actividad cinegética que pudo ser, en parte, privativa de la clase aristocrática. Todo ello, junto a la producción de vasijas con una decoración destacada –*kalathos*, orzas, jarros– y con pequeñas inscripciones, el hallazgo de estelas de piedra (en Cretas, por ejemplo) de carácter funerario y otros objetos suntuarios nos certifica la importancia de una clase social directora. También nos aproxima a una dimensión religiosa, que se deduce de numerosos hallazgos: los vasos del Cabezo de Alcalá (Azaila), del Castellillo (Alloza), de Tiro Cañón (Alcañiz) y de La Guardia (Alcorisa), profusamente decorados con elementos vegetales, animales y humanos, nos aproximan a las creencias en torno a la fecundidad y la fuerza de la naturaleza. Por ejemplo, en el *kalathos* de

La Guardia (Alcorisa), el labrador que ara con un par de bóvidos, además del carácter descriptivo e informativo de la escena, contiene una simbología sobre el dios civilizador que abre la tierra y traza con el arado el contorno del espacio a ocupar. Junto a él, al igual que en otras vasijas de los yacimientos citados, hay palomas, perros, jabalíes, un pez, personas enfrentadas realizando el saludo con los brazos levantados y caballos con las crines decoradas, montados por jinetes lanceros. En vasijas de El Castellillo (Alloza), aparece la representación de un jefe, el poder, sentado y con un bastón de mando y en El Palomar (Oliete), la representación frontal de dos personas relacionadas con deidades locales. Muchos lugares eran puntos de referencia del culto. Al aire libre, en recintos urbanos (San Antonio, Calaceite) y, ya en la fase de la romanización, en santuarios dedicados al héroe jinete.

Los enterramientos servían también para manifestar el estatus. Hace ya mucho tiempo que se conocen estudios sobre los túmulos de la fase protoibérica (s. VII-VI a. C.) de la zona de Caspe y del Matarraña. Bien de planta circular o bien cuadrada, estos enterramientos también aparecen en la necrópolis del Cabezo de Alcalá (Azaila), donde se halla el gran túmulo, exponente del poder de algún jefe del poblado. De la fase conocida como ibérico pleno (mediados s. V a. C.) tenemos escasos ejemplos excavados (túmulos de El Cabo (Andorra). También de manera excepcional, tenemos las inhumaciones infantiles, en el subsuelo de las viviendas de El Palomar (Oliete), de un claro sentido ritual.

Otro apartado interesante es el de las estelas. Repartidas por numerosos yacimientos, las encontramos en El Palao (Alcañiz), con el caballero triunfante y el vencido, en el suelo; jinetes a caballo y lanzas son las representaciones más frecuentes –estelas

de Palermo (Caspe) y de Calaceite–. Estos hallazgos nos remiten a la costumbre de clavar lanzas alrededor de las tumbas de los guerreros, rito del que nos hablan las fuentes escritas clásicas.

Finalmente, y dentro de este apartado, referido a las representaciones mentales de las poblaciones ibéricas del territorio bajoaragonés, un aspecto interesante son las representaciones en abrigos rupestres, continuadores de una larga tradición de arte parietal. Son abrigos rupestres donde aparecen objetos –¿escalera?, puñal– (La torre de la Bernarda, Cretas); ¿pájaros? (Valribira, Arens de Lledó) y otros símbolos. Destacamos, finalmente, una losa hallada en Torre Cremanda (Valdeltormo), con grabados de caballos y ciervos.

Un territorio que conoció enfrentamientos bélicos con graves consecuencias

Los textos clásicos –Tito Livio, Apiano– se ocupan de numerosos enfrentamientos y hostilidades habidas en los territorios ibéricos. Una sociedad que progresa en todos los órdenes debe afrontar los desequilibrios económicos que se derivan y la ambición de conquista que muestran otros pueblos. Ya serían importantes los enfrentamientos entre etnias y caudillos locales, pero los episodios más decisivos que se libraron, a partir del siglo V a. C., fue por la presencia de ejércitos invasores organizados, romanos y cartagineses, con los que colaboraron los iberos como mercenarios y aliados. Estas circunstancias hicieron que las comunidades ibéricas se organizaran por encima de las algaradas ocasionales, tal como lo atestiguan los materiales encontrados en los yacimientos. Los escudos aparecidos en estelas de Caspe y El Palao (Alcañiz), la representación de guerreros con escudos y lanzas de El Castellillo (Alloza), el espléndido





El Palao. Alcañiz

do recinto fortificado de San Pedro (Oliete) y el asedio y destrucción de numerosas poblaciones, con motivo de la acción militar del general romano Sertorio (77-72 a. C.), son testimonios de una actividad bélica que alteró profundamente la vida de los poblados que sobrevivieron a la destrucción. El Cabezo de Alcalá (Azaila) es el exponente más importante de las guerras sertorianas en las tierras bajoaragonesas. También el asentamiento de El Cabo (Anderra) ofrece restos de una destrucción indiscriminada. En el yacimiento de Azaila se conservan, además de las murallas, los restos de un terraplén o rampa utilizada en el asedio a la ciudad. Con ello se facilitaba el trabajo de las máquinas de guerra (torres de asalto, arietes, etc.) y los asediados se defenderían con los *scorpio* y *ballistae* (catapultas y ballestas). Por lo demás, El Palao (Alcañiz) continuó en las etapas ibero-romanas y romana como centro de referencia. Visible por todos sus flancos, los siglos lo convirtieron en el asentamiento más importante, que llega hasta el siglo III después de C. como centro económico y administrativo, que canalizó la actividad de las pequeñas comunidades dependientes del mismo.

A modo de conclusión

No podemos detenernos a comentar las características particulares de cada yacimiento que ampara la Ruta. Hemos tomado como punto de referencia los que tuvieron un papel central, aludiendo a los demás en las referencias sobre los diferentes aspectos analizados. El ejercicio de síntesis ha sido obligatorio por razones obvias de espacio, pero hemos intentado ofrecer al lector unas pistas que le permitan evaluar la importancia de nuestro territorio en la prehistoria y Antigüedad, así como apreciar el plan de intervención y conservación de nuestro patrimonio histórico que patrocina el Consorcio y la Ruta.

Ahora, al lector le toca realizar su trabajo, en función de su interés y posibilidades. Son múltiples las combinaciones que le permiten hacer los tres itinerarios que la Ruta ofrece. Además, los centros de interpretación –12 con el centro recientemente inaugurado en Alcañiz– le permitirán contemplar piezas originales; objetos cerámicos que no están tan alejados en cuanto a formas y perfiles de los usados actualmente.

Al margen del discurso histórico que pueda enhebrar el visitante, hay otros aspectos de la Ruta no menos importantes.

En primer lugar, el alto valor didáctico de los contenidos de los centros de interpretación, que nos permiten introducirnos en un pasado que configura nuestras raíces. Los centros de interpretación sirven para todas las edades, tanto a escolares como a personas mayores. Tanto a gentes que no posean una información previa sobre el mundo ibérico como a las personas conocedoras previamente de lo que estos pueblos supusieron en nuestra historia.

Por otra parte, las posibilidades turísticas de la Ruta son incontables. Combinando trayectos; visitando a la vez, en su caso, centros y yacimientos; aprovechando las horas de ocio, más de veinte yacimientos y once centros de interpretación nos permiten conocer nuestro patrimonio histórico y su estado de mantenimiento.

En segundo lugar, la Ruta tiene una gran importancia en la conservación de un patrimonio que ha sido agredido a través de los siglos: la propia intemperie, con la erosión aguda de nuestras tierras; las intervenciones derivadas de actividades agrícolas e industriales; la desidia y la ignorancia, así como la falta de recursos, son los enemigos de un patrimonio histórico que no podemos dejar que desaparezca.

La Ruta Iberos del Bajo Aragón y el Consorcio Patrimonio Ibérico del Bajo Aragón es un fecundo logro para las comarcas implicadas, para sus poblaciones y para el legado que debemos entregar a las generaciones futuras. Deseamos

que este artículo sirva para colaborar a los fines propuestos por el Consorcio y los investigadores que desarrollan actualmente los planes científicos de investigación histórica y salvaguarda de los yacimientos.